



RESOCAL

RED DE SOLIDARIDAD CON AMÉRICA LATINA



Referente a las clases sociales

Por CHRISTINE LEWIS CARROLL

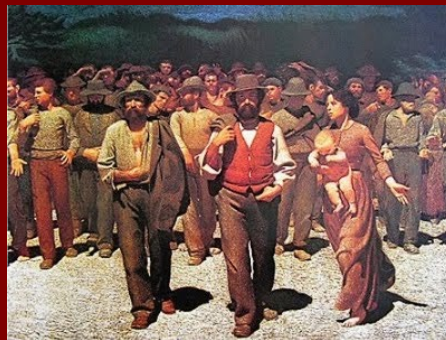
Se lee con frecuencia que “el ascensor social se ha roto”, como si todas las personas aspiráramos a acceder a otra clase



La sociología, igual que cualquier disciplina académica, necesita definir su terminología. El problema es que, como en la economía, la ortodoxia impregna estas disciplinas. Algunos términos estigmatizan y el sesgo ideológico es grande.

Se lee con frecuencia que ‘el ascensor social se ha roto’, como si todas las personas aspiráramos a acceder a otra clase. El ascensor social es un invento de los poderes interesados en despreciar los valores de la clase trabajadora. Hay sectores muy amplios de la sociedad (periodísticos y entre los políticos profesionales) que aceptan que es un anhelo indiscutible de toda persona acceder a una clase superior a la propia, principalmente que la clase trabajadora aspire a formar parte de la clase media. Tradicionalmente, la clase social a la que se pertenece se define de acuerdo con el nivel de ingresos, la actividad laboral y la

educación recibida. En la sociedad actual, los ingresos se acaban si pierdes tu trabajo. La actividad laboral aun si se trata de una profesión de lo que se viene llamando ‘liberal’- se caracteriza por jornadas larguísimas que pueden ser bien remuneradas o no. En cuanto a la educación recibida, sólo faltaba que en el siglo XXI los hijos de las personas trabajadoras no accedieran a la educación superior, aunque desafortunadamente ocurre. Lo que quiero decir es que la diferencia entre la clase media y la clase trabajadora se escapa totalmente.



Asimismo, ¿qué derecho tiene nadie a hablar de ‘clase baja’, un término tan confuso como irrespetuoso? Ser pobre, dependiente, migrante o parada, desocupada no debería conferir a las personas ninguna condición, y desde luego nunca ‘baja’. El término ‘clase baja’ se utiliza sin saber realmente a qué se refiere. Sospecho que es por el ya mencionado ascensor social. A lo que se aspira está supuestamente arriba y de lo que se huye está abajo. Hay diversas formas de denominar a esta clase social; sólo hace falta un poco de empatía y cordura. Las personas que más contribuyen a la riqueza de un país son las personas trabajadoras. Por tanto, ¿qué menos que denominarla clase trabajadora? Incluso ‘clase humilde’ me parece algo condescendiente, como si una

persona trabajadora no tuviera suficientes conocimientos para entablar un diálogo con un filósofo. Recuerdo que, con ocasión de la constitución del último Parlamento, una presentadora de radio habló con la diputada más joven del Congreso. Su primera pregunta fue qué titulación tenía. No daba crédito a lo que oía. ¿Desde cuándo una persona no titulada no puede ser diputada? No se trata de que nuestros representantes políticos sepan más que sus representadas sino de que tengan claro qué políticas tienen que realizar, para qué, para quién y saber explicarlas. Nesrine Malik escribe en The Guardian que el gobierno conservador del Reino Unido desprecia a la clase trabajadora porque los trabajos no cualificados no tienen honor, virtud ni valor (sic). Además, se da la casualidad de que la actual política de inmigración del gobierno británico se basa en las capacidades de las personas, sustituyendo la anterior clasificación de pertenecer o no a la Unión Europea. Pero lo que subyace es una política profundamente ideológica, imbuida de actitudes no sólo racistas, sino también clasistas. El discurso es que se necesitan ingenieros y no conductores de autobús.

Por otra parte, ¿por qué se habla de clases medias y clases populares en plural? ¿Hay más de una clase media? Me resulta difícil entender cómo se ponen de moda ciertos usos sin fundamento aparente, que se repiten tanto en la política institucional -de toda sensibilidad- como en los medios de comunicación. Al hablar en plural, los términos se tornan ambiguos e intercambiables. De la misma manera, cuando nuestros políticos se



RESOCAL

RED DE SOLIDARIDAD CON AMERICA LATINA



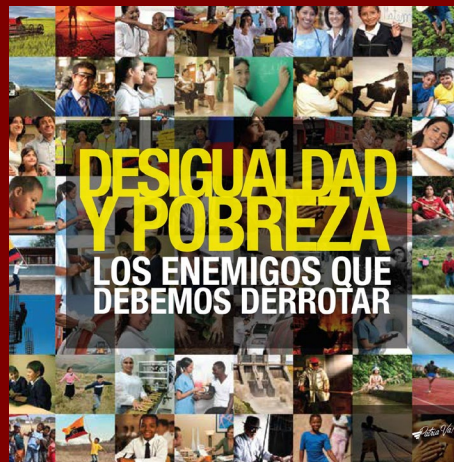
dirigen a sus representados, sólo hablan denacionales; no se acuerdan de todas las personas (migrantes o personas que eligen vivir en ese país sin nacionalizarse) que pagan impuestos y hacen comunidad. Me gustaría que nuestras expresiones fuesen inclusivas y no excluyeran a nadie.

Los medios de comunicación dominantes tienen mucho interés en desideologizarnos; ya no se habla de 'obreros', ni siquiera de 'trabajadores'. El eufemismo de moda es 'empleados', cuando no 'operarios'.

Tampoco conviene confundir a las personas económicamente acomodadas con la clase media. Si no recibes rentas procedentes de tierras, alquileres o inversiones, sólo vives de tu salario o pensión, por muy generosos que estos sean. Me enseñaron en la Universidad que la clase media, es decir la antigua burguesía, realmente no necesita trabajar para vivir. En el mundo de hoy son pocas personas las que se pueden permitir no trabajar, lo que confirma lo que me enseñaron y he creído toda mi vida. La Universidad de Manchester realizó en el año 2013 una encuesta en el Reino Unido para la BBC sobre las clases sociales. Se identificaron siete clases sociales: élite (la palabra se las trae, pero entiendo que quiere decir la clase con dinero y privilegios heredados), tres divisiones de la clase media y otras tres de la clase trabajadora.

Igualmente, se investigaron tres 'patrimonios', el económico que contempla los ingresos, los ahorros y el valor de la vivienda; el social que contempla el número y estatus de las personas que una conoce; y el cultural que contempla las

actividades culturales en las que una participa. Como es de esperar, los patrimonios económico y cultural varían de acuerdo con los ingresos. Sin embargo, lo que sí mantengo es que, en el mundo de hoy, la clase media se proletariza y precariza cada vez más. Son muchas personas las que tienen dificultades en sus trabajos, no tienen el hogar que quieren y no pueden ahorrar. Con respecto al patrimonio social y en nuestra actual vida multicultural, sólo faltaba que escogiéramos a nuestras amistades en función de su estatus o color de piel. Qué planteamiento más clasista.



Todos los hogares recibimos una gran presión por parte de la cultura consumista, pero es en las familias económicamente acomodadas donde la participación en la sociedad de consumo les puede parecer un hecho diferenciador. Es cierto que hay matices en todo, pero la despolitización es lo que nos hace confundir los términos.

La clase trabajadora, tradicional o de nueva estructura, goza de valores - algo desentrenados, pero todavía recuperables- como la solidaridad, la dignidad y la lealtad. Estos valores se han 'perdido' porque la clase trabajadora tradicional se ha

despolitizado y busca la solución individual en vez de la colectiva, y ha sido fragmentada por la desindustrialización, el paro y la reestructuración del espacio urbano donde vivían en su gran mayoría las personas trabajadoras.

Lo que subyace en el desprecio de la clase trabajadora es, en mi opinión, un fuerte sesgo ideológico. En las sociedades occidentales, el sistema económico y político no contempla que personas de la clase trabajadora sean nuestros gobernantes, y así nos va. Como mantengo que la clase media es prácticamente inexistente, nuestros gobernantes son principalmente personas procedentes de la clase privilegiada. Y hemos llegado a este punto gracias a los partidos políticos a quienes sólo les interesa la democracia de delegación, a los formadores de opinión en los distintos medios dominantes y a las escuelas y universidades privadas interesadas en formar a la élite gobernante (en el Reino Unido hay muchas).

La clase social a la que se pertenece no responde sólo al nivel de ingresos, sino también y principalmente a la identificación con la cultura política y vital que ésta proyecta. La gran mayoría de las personas aspira a una vida digna (tanto con respecto a la vivienda como a los ingresos), con servicios públicos que cubran sus necesidades básicas. La cultura política tiene que ver con la comprensión de nuestro lugar en la sociedad y nuestra capacidad de resistir los intentos de hacernos desear otra vida.